

# “LAS VACAS JOROBADAS” (EL BISONTE Y SU CULTURA EN LAS FRONTERAS ESPAÑOLAS DE NORTEAMÉRICA)

JUAN PABLO MARTÍN MUÑOZ  
*I.E.S. CARABELAS, PALOS DE LA FRONTERA*

---

Fecha de recepción: Septiembre 2004

Fecha de aceptación: Diciembre 2004

---

## RESUMEN

El bisonte, como posibilitador de relaciones inter-étnicas entre españoles e indios norteamericanos, es en la historiografía española un asunto olvidado. Este artículo está conformado en torno a cuatro temas documentados en fuentes primarias españolas. El primero es la integración del bisonte en el medio ambiente de las Grandes Llanuras y cómo los españoles fueron testigos de ello. El segundo asunto es el del impacto psicológico de este animal en los europeos. El tercero estudia cómo las vidas de los indios de las llanuras dependían por completo del bisonte. El último trata sobre el bisonte en las fronteras españolas de Nuevo Méjico, Texas y Luisiana.

## PALABRAS CLAVE

Búfalo, bisonte, cíbolo, vaca corcovada, Cíbola, caballo, era ecuestre, Grandes Llanuras, Nuevo Méjico, Quivira, apaches, comanches, teyas, querechos, cibolero, Llano Estacado, caza, frontera.

## ABSTRACT

The bison as maker of inter-ethnic relations between Spanish and North American Indians, is in Spanish historiography a forgotten subject. This article is shaped around four topics documented in Spanish primary sources. The first is the integration of bison in the environment of the Great Plains and how Spanish witnessed it. The second subject is the psychological impact of these animal on the Europeans. The third one studies how Plains Indians' lives wholly depended on bison. The latter deals with the bison in Spanish borderlands of New Mexico, Texas and Louisiana.

## KEY WORDS

Buffalo, bison, cíbolo, hunchback cow, Cíbola, horse, equestrian era, Great Plains, New Mexico, Quivira, Apache Indians, Comanche Indians, Teya Indians, Querecho Indians, Cibolero, Llano Estacado, hunting, frontier.

---

A menudo, cuando se habla de las relaciones de España con los indios norteamericanos, acude a la memoria el fenómeno cultural de la transmisión del caballo a los pueblos indígenas. Sin embargo, el caballo no fue el único animal que propició los contactos culturales entre aquellos pueblos. También el bisonte lo hizo. Si el caballo fue una aportación de España a las culturas indias de las llanuras y del suroeste, el bisonte y su aprovechamiento

to fueron aportaciones de los aquellos aborígenes al modo de vida de los españoles que poblaron las fronteras de Nuevo México, Texas y Luisiana entre los siglos XVI y XIX. Vaya este modesto trabajo en pro de una tarea mayor que es la de recordar la historia de España entre los pueblos nativos de Norteamérica.

## 1. EL BISONTE EN EL ECOSISTEMA DE LAS GRANDES LLANURAS.

Cuando los españoles del siglo XVI se internaron en el corazón de América del Norte quedaron atónitos ante su naturaleza: todo en ella era de proporciones gigantescas y majestuosas. Los ríos, las montañas, las planicies no tenían parangón en ninguna parte del Viejo Mundo. Nidos de tesoros, como la mítica Quivira, se buscaron y nunca aparecieron, pero se descubrieron las Grandes Llanuras, inmensas, insólitas para aquellos europeos. Su enorme extensión sobrecogía. La necesidad de describirlas hizo que en las mentes de aquellos primeros viajeros apareciesen imágenes con qué compararlas. Casi todos ellos coincidieron: aquellos llanos sin fin eran un océano. Perderse en ellos suponía una muerte tan cierta como la que aguardaba al naufragado. De este modo, escribía Gaspar de Villagrà que las “vacas” de aquellas tierras son numerosísimas

*“Y gozan de unos llanos tan tendidos Que por seyscientas, y ochocientas leguas Vn sossegado mar parece todo Sin género de cerro ni vallado Que si por triste suerte se perdiese, Alguno en estos llanos no sería, Mas que si se perdiese y se hallase Enmedio de la mar sin esperança”*<sup>1</sup>

Las distancias eran tan dilatadas que incluso engañaban a la percepción: si se veía a lo lejos un bisonte solitario inmóvil daba la apariencia de cuatro pinos que se unían por sus copas<sup>2</sup>.

Establecido el símil de la llanura con el océano, era inevitable que éste alcanzase a los bisontes. “Hay tanta cantidad que no sé à que lo compare sino à pescados en la mar”<sup>3</sup> decía el autor de la “Relación del Suceso”. Y ciertamente las Grandes Llanuras ocupaban un área geográfica gigantesca.<sup>4</sup>

<sup>1</sup> Villagrà, Gaspar de; “Historia de Nuevo México”, Madrid, Dastin, 2001, pp. 244 – 245.

<sup>2</sup> Castañeda de Nájera, Pedro; “Relación de la jornada de Cíbola” en de Mora, Carmen (Editora), “Las siete ciudades de Cíbola. Textos y testimonios de la expedición de Vázquez Coronado”, Sevilla, Alfar, 1992, pp. 141 – 142.

<sup>3</sup> Anónimo, “Relación del Suceso de la jornada que Francisco Vazquez hizo en el descubrimiento de Cíbola” en de Mora, op. cit., p. 184.

<sup>4</sup> Las llanuras ocupaban una franja de territorios entre el río Misisipi y las montañas Rocosas que por el norte llegaba hasta la linde de la taiga canadiense y por el sur se adentraba en México. Así, el área de máxima expansión del bisonte iba desde los 25 grados de latitud norte (cerca de Monterrey), hasta los 62 grados de la misma latitud (orillas del lago del Esclavo). Enciclopedia Universal Ilustrada Espasa-Calpe, Madrid, 1921. Tomo 8, voz “bisonte”, p. 981.

La abundancia de bisontes en la llanura estaba asociada a las peculiares características de su vegetación. Esta vasta superficie estaba poblada por matorrales y por hierbas estacionales<sup>5</sup>. La vegetación sólo en algunas zonas era densa por unidad de superficie. Incluso así, esta infinidad de kilómetros cuadrados de suelo producía una biomasa herbácea como para alimentar a bastantes millones de bisontes y también de cérvidos y antílopes como los ciervos de cola blanca o los berrendos. Los españoles hallaron que el alimento de los bisontes lo constituían plantas ya muy conocidas para ellos que se encontraban en los campos de Kansas y Nebraska.

*"... se bio ser esta tierra muy aparente a la de España en su manera de yervas (...) Ay (...) vallico y abena, poleo, orégano, lino en gran cantidad"*<sup>6</sup>

Esas y otras hierbas comían los grandes bóvidos ya estuviesen verdes y frescas, secas o enterradas en la nieve<sup>7</sup>. La cantidad de bisontes que la llanura era capaz de sustentar era asombrosa<sup>8</sup>. Villagrà se quedó muy corto cuando decía que se hallaban rebaños de veinte o treinta mil cabezas<sup>9</sup>. Mucho más ilustrativo al respecto es lo que contó Pedro Castañeda sobre una salida que hizo Diego López con un grupo de soldados a caballo.

<sup>5</sup> En realidad, la disposición de la flora de las llanuras que los españoles encontraron en el siglo XVI podría ser debida en parte a la intervención humana. Quienes atravesaron el estrecho de Bering, antepasados de los indios, usaban el fuego como instrumento usual para acorralar la caza. Así, probablemente devastaron los bosques que poblaban este área. La vegetación arbórea quedó reducida a bosquecillos de ribera y frondas de las estribaciones montañosas. Para más información en una visión de conjunto, véase: Kroeber, Alfred L. "Cultural and Natural Areas of Native North America". *Publ. Amer. Archaeol. And Ethnol.* Vol. 38. University of California, 1939.

<sup>6</sup> Castañeda de Nájera, op. cit. en de Mora, p. 128.

<sup>7</sup> Uno de los vegetales más consumidos por los bisontes es una hierba que crece muy tupida, conocida en los Estados Unidos por el explícito nombre de "buffalo grass".

<sup>8</sup> Los cálculos de la cantidad de bisontes de este gran ecosistema en épocas de poca o nula intervención del hombre blanco arrojan cifras que van desde poco más de diez millones hasta más de ochenta. Teniendo en cuenta los datos de los años del último cuarto del siglo XIX en que casi fueron llevados a la extinción parece que tenemos que inclinarnos por las cantidades más elevadas. Entre 1865 y 1875 llegaban a los mercados norteamericanos al menos dos millones de pieles anuales como promedio. Esto hace un total de veinte millones de animales. Si además consideramos que en esa época se estimaba que por cada piel vendida eran sacrificados cuatro animales, tenemos ochenta millones de bisontes. Enciclopedia Universal Ilustrada Espasa-Calpe, Ibid. p. 982. Sin embargo hoy la cifra más comunmente aceptada es la de que llegó a haber unos cincuenta millones de bisontes. Para conocer más datos de los años de la cuasi-extinción del bisonte y de la desesperación de los indios de las llanuras ante la desaparición de su modo de vida puede leerse el capítulo "La guerra por el búfalo" en: Brown, Dee. "Enterrad mi corazón en Wounded Knee". Barcelona, Bruguera, 1982. pp. 272 – 301. En la actualidad hay varias decenas de miles de bisontes salvajes en los Estados Unidos.

<sup>9</sup> Villagrà, op. cit. p. 244.

*“... y fue tanto el ganado que topó que los que iban en la avanguardia cogieron por delante un gran número de toros y, como buían y unos a otros se repugaban, dieron en una barranca y cayó tanto ganado dentro que la emparejaron, y el demás ganado pasó por encima”<sup>10</sup>*

La masa de bisontes a veces hacía que los españoles no pudiesen tomar el rumbo que querían, sino que tenían que sortear las manadas durante largas distancias<sup>11</sup>.

Las “vacas” estaban dotadas por la naturaleza con un espléndido equipo de supervivencia. Éste, su fuerza y su ceñudo semblante hacen coincidir a Castañeda y a Villagrà en que verlos causaba espanto. Según el primero, estas bestias tenían una ancha frente con los ojos dos palmos separados. Estos además eran prominentes a ambos lados de la cabeza de manera que sin volverla veían lo que había a sus espaldas. Sus barbas eran tan largas que en algunos casos las llevaban arrastrando por el suelo hasta una longitud de medio cuerpo. Huían con la cabeza gacha mientras su cola, rematada en un mechón, la llevaban en alto. Sus cuernos eran cortos y gruesos. Sus puntas no sobresalían mucho por fuera de la gran melena. Según Villagrà, las astas de estos animales eran negras. Tenían una capa de grasa que algunos encuentran deliciosa. Cuando becerros son de color bermejo pero lo cambian con la edad. Machos y hembras nacen con las orejas enteras, pero al hacerse adultos todos los machos desarrollan una sajadura en la de la izquierda<sup>12</sup>. Las manadas que parecían una masa indiferenciada, estaban en realidad separadas por sexos, al menos quizá, estacionalmente. Jaramillo observó primero rebaños de toros solamente y luego se alcanzó una zona donde se hallaban juntos indistintamente toros, vacas y becerrillos<sup>13</sup>. Entre una y otra zona había más de cuarenta leguas de distancia<sup>14</sup>.

Las manadas tenían unos movimientos migratorios hacia el norte y el occidente en verano y hacia el sur en invierno, siempre buscando la abundancia de pastos, huyendo en una estación de la sequía y en otra de la nieve. Fue ese tal vez el motivo por el que los hombres de Hernando de Soto no hallaron bisontes en Tula. A Tula, en Texas oriental u Oklahoma habían llegado en el verano de 1541. En ese momento los animales debían hallarse más hacia el oeste o el norte. Sin embargo, en los poblados de los cados habitantes de la comarca se encontraron muchos cueros y carne de

<sup>10</sup> Castañeda en de Mora, op. cit., p. 101.

<sup>11</sup> Anónimo; “Relación del Suceso ...” en de Mora, op. cit., p. 184.

<sup>12</sup> Jaramillo, Juan; “Relacion hecha por el capitan Juan Jaramillo”, p 192 y Castañeda, p 141, ambos en de Mora. Villagrà, op. cit., p. 244.

<sup>13</sup> Jaramillo, loc. cit.

<sup>14</sup> Castañeda en de Mora, p. 141.

las "vacas"<sup>15</sup>. Éstas en sus desplazamientos trazaban sendas que eran los únicos caminos que existían en la llanura virgen<sup>16</sup>. Estos caminos no sólo conducían a los pastos, sino también al agua. En una comarca eran más abundantes los bisontes cuantos más ríos y arroyos tenía<sup>17</sup>. Allí bebían y los árboles de los escasos bosquetes de ribera, los únicos que había, les brindaban sombra y puntos de apoyo contra los que rascarse, especialmente en la época del cambio de la pelambre.

*"Para mudarse arriman a algunos arboles pequeños que ay en algunas barranquillas y alli se refriegan hasta que dexan el bellón como la culebra el pelejo"*<sup>18</sup>

Sus pisadas llegaban incluso a acrecentar el efecto de la erosión en las grietas del terreno que conducían a los cursos de agua.

*(La llanura)"No tiene arboleda sino en los ríos que hay en algunas barrancas, que son tan encubiertas que hasta que están a el bordo de ellas no son bistas. Son de tierra muerta. Tienen entradas que hacen las bacas para entrar al agua, que está honda por estos llanos"*<sup>19</sup>.

Había cierto placer relacionado con el agua del que gustaban disfrutar estos grandes herbívoros: el que proporcionaban los revolcaderos. Éstos eran charcas donde los animales retozaban, hozaban y tomaban baños de barro. Éste les ayudaba a deshacerse de los parásitos y de los insectos molestos. Con el tiempo y el continuo uso estos charcos se ahondaban y se hacían circulares. El agua del fondo quedaba encenagada con la suciedad, el pelo y la orina de los bisontes. Castañeda refiere que la expedición de Coronado hallaba con frecuencia charcos perfectamente redondos, de un tiro de piedra de diámetro. Según decía unos tenían algo de hierba crecida mientras otras eran saladas. Es posible que se tratase de revolcaderos abandonados. La sal podría deberse a la concentración de las sales de la orina por el uso reiterado o a cualidades mineralógicas del terreno<sup>20</sup>.

<sup>15</sup> De la Vega, Garcilaso, El Inca. "La Florida", Madrid, Alianza, 1988. p. 448.

<sup>16</sup> Jaramillo en de Mora, p. 192.

<sup>17</sup> Ibid. P. 193.

<sup>18</sup> Castañeda en de Mora, p. 141. Cuando se comenzó el trazado de las vías transcontinentales de ferrocarril en la década de 1860, éstas se acompañaban del tendido de líneas telegráficas. Los bisontes aprovechaban los postes del telégrafo para rascarse y así los derribaban continuamente. Se pretendió disuadirlos colocando en los postes unas cuñas metálicas punzantes con las puntas hacia afuera. Esto gustó más todavía a los bisontes como rascadero, de modo que el derribo de postes sólo terminó cuando fueron desapareciendo, hasta casi extinguirse.

<sup>19</sup> Castañeda en de Mora. op. cit., p. 127.

<sup>20</sup> Ibid.

En la naturaleza nada se hace en vano, como dice el adagio filosófico. Todo lo que era tomado a la llanura era también devuelto a ella por los animales. Estos pastaban la hierba, pero producían una indecible cantidad de toneladas de excremento que volvían a fertilizar el suelo. Cuando los bisontes morían, lo mismo ocurría con sus cuerpos. Sus huesos salpicaban por doquier el paisaje. Esos residuos fueron los que usaron los españoles para no extraviarse en aquel mar de hierba, pues la gran caravana que acompañaba a Coronado, sorprendentemente, no dejaba la menor huella en aquellos suelos.

*"acabando de pasar (todos los componentes de la comitiva) no dexaban más rastro que si nunca por allí ubieran pasado nadie; tanto que era menester haçer montones de güesos y boñigas de vacas, a trechos, para que la retaguardia guiase tras el campo y no se perdiesen. La yerba, aunque menuda, en pisandola se enhiestaba tam limpia y derecha como antes lo estaba"*<sup>21</sup>

La cobertura que ejercían las manadas sobre el terreno hacía que otros animales estuviesen también, inevitablemente, asociados a ellas. Era el caso de unas marmotas, los "perrillos de las praderas", que con sus laberintos de túneles excavados contribuían a oxigenar el suelo, aumentando así su fertilidad. Dice sobre ellos Castañeda:

*"Avía por aquellos llanos unos animales como bardillas en gran número y mucha suma de cuevas de ellas"*<sup>22</sup>

Otros roedores, las liebres, estaban tan acostumbrados a andar entre las patas de los bisontes que cuando los caballos se acercaban a ellas se sentían en seguridad y no huían. Esto permitía cazarlas fácilmente ensartándolas con lanzas desde encima de la montura. En cambio, en cuanto una de aquellas liebres veía una persona a pie, escapaba a la carrera<sup>23</sup>. Los depredadores también eran inseparables de las manadas. Algunos como pumas u osos

<sup>21</sup> Ibid. P. 141.

<sup>22</sup> Ibid. P. 105. El suelo podía estar tan horadado por las madrigueras de los "perrillos de las praderas" que los bisontes que pisasen podían hundirse y romperse las patas. Tales cuevas representaban para los indios el mismo problema cuando adoptaron el caballo. Pese a ser buenos conocedores del terreno muchas veces no podían evitar este final para sus monturas.

<sup>23</sup> Ibid. P. 128. Con anécdotas como ésta no es extraño que se fuese forjando a ojos de los europeos una imagen de las Grandes Llanuras como "paraíso de la caza". Esta imagen comienza a surgir con los españoles y termina de asentarse en la mentalidad norteamericana antes de la gran expansión hacia el Oeste con los diarios de la expedición de Lewis y Clark en los primeros años del siglo XIX. Véanse las continuas referencias a la abundancia de animales abatidos a tiros mientras el periplo fluvial discurre por las altas llanuras de lo que fue la provincia española de la Luisiana. Bernard DeVoto (Ed.); "The Journals of Lewis and Clark", Boston, Houghton Mifflin, 1953; especialmente entre las pp. 1-115.

sólo se alimentaban de éstas ocasionalmente, sin embargo otros las seguían en sus migraciones estacionales. Era el caso del rey de los cánidos salvajes: el lobo.

*"Ay (...) gran cantidad de lobos que andan tras de las vacas. Tienen el pelo blanco."*<sup>24</sup>

Por desgracia, a este prodigioso ecosistema que conocieron los exploradores españoles del siglo XVI, después de haber existido en aquella forma durante milenios, no le quedaban más de tres siglos y medio de existencia. Los trenes, los alimañeros, las alambradas de espino, los abonos químicos y otros bienes del progreso lo aniquilaron. Hoy, en algunas zonas de Norteamérica los bisontes llegan a alcanzar la misma densidad de población que entonces. Sólo se debe a que están en pequeñas reservas naturales que deberían ser, más bien, llamadas ranchos.

## 2. UN MONSTRUO DEL NUEVO MUNDO.

Para los habitantes de la Europa del siglo XVI los continentes ignotos estaban poblados por seres fantásticos como cinocéfalos, unípedos, pigmeos que luchaban con las grullas, unicornios, sirenas, inmensas serpientes marinas ... Las Indias también debían tener su fauna mirífica guardiana de aquella tierra de tesoros. Aunque aquellas bestias no aparecían, la imaginación de los habitantes del Viejo Mundo se ocupaba en darles una figura tangible. Theodor de Bry en sus ilustraciones representó a los caimanes de América como dragones. Colón, más realista, anunciaba en su correspondencia no haber encontrado monstruos ... todavía<sup>25</sup>.

A finales de la década de 1530 fueron observados por primera vez los bisontes americanos por unos europeos. Durante los siguientes cincuenta años sólo en contadas ocasiones volvieron a ser vistos. Estos contribuyó a que pervivieran las leyendas que surgieron en torno a ellos. Cuando no eran considerados como prodigios, se les contemplaba, al menos, como algo

<sup>24</sup> Ibid. No sabemos si estos lobos de pelaje claro pertenecían a cierta sub-raza de la especie. Puede ser, más sencillamente, que presentaran algún cambio estacional en su pelaje o que estuviesen cubiertos de polvo por andar tras los rebaños. Quizá se tratara de coyotes y no de lobos. En la actualidad la función depredadora del lobo ha sido asumida parcialmente por el coyote. Las masivas campañas de exterminio con estircnina de los siglos XIX y XX casi han borrado al *Canis Lupus* de sus antiguos dominios en las Grandes Llanuras. Los coyotes, como carroñeros que son principalmente, devoran los bóvidos muertos o las placentas en época de paridera. Sólo en contadas ocasiones dan muerte a un bisonte extremadamente débil o a algún becerrillo.

<sup>25</sup> Colón, Cristóbal; "Selected documentes illustrating the four voyages of Columbus (1493-1505)" Cecil Jane (Editor), Londres, 1930, 1, p. 150; citado en Pagden, Anthony; "La caída del hombre natural", Madrid, Alianza, 1988. P. 130.

exótico e inusitado. Sin embargo, exploradores como Fray Marcos de Niza, Álvar Núñez, Coronado u Oñate desconocían que bisontes muy parecidos a aquellos vivían también en Europa. Durante los siglos modernos en Polonia, Lituania y Transilvania vivía todavía el “Bison Bonasus”, más pequeño y compacto de formas que el “Bison Bison” o “Bison Americanus”<sup>26</sup>. Los bisontes europeos presentaban un ligero dimorfismo según se tratase de la variedad de las llanuras o del bosque<sup>27</sup>. Éstos últimos se alimentaban del ramoneo y eran especialmente abundantes en las cercanías del río Kubán, en el Cáucaso<sup>28</sup>.

El jerezano Cabeza de Vaca y sus tres compañeros de periplo fueron los primeros europeos que se encontraron a aquellos desconocidos animales. Pese a que pudiese esperarse lo contrario, la descripción que aparece en los “Naufragios” de Álvar Núñez no es nada fantasiosa y se refiere llanamente al aspecto del animal y a las utilidades que le daban los indios.

*“Alcanzan aquí (la costa de Texas) vacas, y yo las he visto tres veces y comido de ellas, y parésceme que serán del tamaño de las de España; tienen los cuernos pequeños, como moriscas, y el pelo muy largo, merino, como una bernia<sup>29</sup>; unas son pardillas, y otras negras, y a mi parescer tienen mejor y más gruesa carne que las de acá. De las que no son grandes hacen los indios mantas para cubrirse, y de las mayores hacen zapatos y rodelas; éstas vienen de hacia el Norte por la tierra adelante hasta la costa de La Florida, y tiéndense por toda la tierra más de cuatrocientas leguas; y en todo este camino, por los valles por donde ellas vienen, bajan las gentes y se mantienen de ellas, y meten en la tierra grande cantidad de cueros”<sup>30</sup>*

Se observó al descubrir los bisontes que había pueblos que no sólo los cazaban, sino que dependían totalmente de ellos. A estos, para expresar la que era su principal actividad cinegética, Álvar Núñez les dió la expresiva designación de “los de las vacas”. Probablemente se trataba de indios jumanos,

<sup>26</sup> Enciclopedia Universal Ilustrada Espasa-Calpe; loc. cit. p. 980.

<sup>27</sup> Hofmann, H. “Gran guía de la naturaleza. Mamíferos”. Everest, León, 1993. P. 210.

<sup>28</sup> Enciclopedia Espasa-Calpe, Ibid. En 1921, en las penurias de la primera posguerra mundial, un furtivo mató en Polonia al último bisonte que vivía en libertad. Años más tarde se reintrodujo una pequeña manada, actualmente viable, en los bosques de Bialowieza. Ello fue posible gracias a ejemplares cautivos del bisonte europeo, *Bison Bonasus*, que vivían en algunos parques vigilados y zoológicos. Hofmann, p. 210.

<sup>29</sup> Tejido grueso de lana adecuado para hacer mantas, capas y abrigos.

<sup>30</sup> Núñez Cabeza de Vaca, Álvar. “Naufragios y comentarios”, Madrid, Aguilar, 1987, pp. 76 – 77. Según afirma Ricardo Piqueras, esta es la primera descripción escrita conocida del bisonte americano. Piqueras Céspedes, Ricardo: “Cabeza de Vaca: oro hambre y supervivencia en América del Norte” en Armillas Vicente, José A. (Ed.); Ponencias y Comunicaciones del VII Congreso Internacional de Historia de América (Zaragoza, 2 al 6 de julio de 1996), “España en América del Norte”. Zaragoza, Departamento de Educación y Cultura, D.L. 1998, p. 1258

una etnia atapasca llegada no hacía demasiado tiempo a las llanuras desde Alaska en migración, igual que los apaches<sup>31</sup>. “Vaqueros” llamaron en el mismo sentido, a estos indios los miembros de la expedición de de Soto y Moscoso, aunque no podemos saber con seguridad si se trataba de los mismos que vio Álvar Núñez. Estos nativos eran uno de los escalones más bajos del primitivismo que se habían hallado en América: gentes en extremo “sin policía” y con la vida supeditada a la trashumancia natural de aquellos grandes rumiantes.

Lejos del comedimiento de la descripción de Cabeza de Vaca quedaba el tono de narrador de maravillas de fray Marcos de Niza. Éste quizá creía que iba a hallar los monstruos que los europeos habían soñado durante la Edad Media. Fray Marcos era un testigo poco veraz. En 1539 presentó el país de Cibola como un territorio lleno de habitantes vestidos con ricos tejidos y cuyas ciudades estaban hechas de oro y turquesas. El fraile dijo haber observado aquellas legendarias “*Siete Villas*” en la distancia. Tampoco había visto nunca los bisontes y sólo sabía de ellos por las descripciones de los indios, las que adornó sin recato con su fantasía.

*“... me truxeron un cuero, tanto y medio mayor que de una gran vaca, y me dixeron ques de un animal, que tiene solo un cuerno en la frente y queste cuerno es corbo hacia los pechos, y de allí sale una punta derecha, en la cual dicen tiene tanta fuerza, que ninguna cosa, por recia que sea, dexa de romper, si topa con ella; y dicen que hay muchos animales destos en aquella tierra”*<sup>32</sup>

El religioso creyó haber descubierto nada menos que al unicornio, monstruo benéfico, dotado por la tradición occidental incluso de cualidades místicas (hasta el punto de ser el símbolo de Jesucristo en cierta iconografía). Le pareció haber encontrado un eslabón que engarzaba con lo sobrenatural y que existía en manadas de millares.

La novedad de la imagen del bisonte en España llevó a la adopción de un recurso ya usado con frecuencia para componer textos sobre América: describir usando como referentes objetos o conceptos ya conocidos<sup>33</sup>. Aquellos rumiantes “*son del cuerpo de toros castellanos*”<sup>34</sup>, “*tienen barbas, como ca-*

<sup>31</sup> Las otras dos etnias ligadas al bisonte que encontraron los españoles en la década de 1540 fueron los *querechos* y los *teyas*. Los primeros eran muy probablemente los antepasados de los apaches de las llanuras o incluso de los apaches en general. Los segundos podrían ser los *tejas*, etnia de lengua cado. Sin embargo, hay quien mantiene con verosimilitud que se trataba en realidad de otra etnia atapasca. Véanse diversos puntos de la obra: Forbes, Jack D.; “Apache, Navaho and Spaniard”, University of Oklahoma Press: Norman, 1960.

<sup>32</sup> De Niza, fray Marcos; “Descubrimiento de las Siete Ciudades”, en de Mora, p. 154.

<sup>33</sup> Por ejemplo, de los querechos por su tosca vida y rudimentaria organización, se decía que era “*gente alárabe*”. Castañeda en de Mora; p. 154.

<sup>34</sup> Villagrà, op. cit. P. 244.

*brones, muy grandes*<sup>35</sup>. Poseen un *“pelo muy merino, como de ovejas muy finas”*<sup>36</sup>. La melena de su cabeza y cuartos anteriores es *“de faición de león raspante”*<sup>37</sup>. Todo ello está rematado por *“una gran córcoba, mayor que de camello”*<sup>38</sup> y *“corren mucho mas que los venados”*<sup>39</sup>. Los referentes eran animales reales y familiares para los españoles del siglo XVI, pero era precisamente el ser mezcla de todos ellos lo que daba el carácter teratológico a la figura del bisonte (todo europeo cristiano que se preciara conocía, aunque fuese inconscientemente, este efecto al saber que los demonios tenían pico de rapaz, cuernos de chivo, y alas de murciélago)<sup>40</sup>. Prueba de lo monstruoso del gran buey salvaje era que todo caballo (animal valiente y noble por excelencia en la mentalidad de los conquistadores del siglo XVI) que se topó con él se espantó en la primera ocasión en que lo vio. Sólo el duro trato con la espuela y el freno de sus jinetes hacía que no escaparan<sup>41</sup>.

No pasaron desapercibidas a los conquistadores las ventajas que podrían sacarse de las *vacas jorobadas*. En principio, es cierto, buscaban metales preciosos y grandes civilizaciones urbanas. Después, cuando fue evidente que había que poblar Nuevo México, un territorio muy pobre en recursos, las *“vacas”*, se pensó, podrían proporcionar alguna riqueza. Para empezar, desde mucho antes, se vio que los bisontes eran un recurso alimenticio de primer orden. Su increíble número podía proporcionar el cobro de muchísimas reses. En las llanuras el problema no era morir de hambre, sino los inconvenientes que para la salud podría acarrear la exclusividad de la dieta carnívora<sup>42</sup>. En su viaje por las llanuras y en especial por el valle del río Canadian, los hombres de Coronado mataron en sólo quince días más de quinientos bisontes, llegando al extremo de entrar en el campamento hasta sesenta o setenta de estas piezas cazadas en una jornada<sup>43</sup>. Los españoles aprendieron pronto qué armas eran las adecuadas en estos lances venatorios en que los bisontes embestían a las monturas.

*“ Los toros son grandes é bravos (...) tienen malos cuernos y un apretón dánle bueno, arremetiendo bien; matáronnos algunos caballos é hirieron muchos; la mejor arma para aprovecharse dellos balla-*

<sup>35</sup> Castañeda; *ibid.* P. 141.

<sup>36</sup> *Ibid.*

<sup>37</sup> *Ibid.* Es decir, a manera de *león rampante*, tal como aparece en la iconografía heráldica.

<sup>38</sup> *Ibid.*

<sup>39</sup> Villagrà, *op. cit.* P. 244.

<sup>40</sup> Los pintores del siglo XVI seguían explotando el recurso de mezclar las representaciones de lo incongruente para lograr la apariencia de lo monstruoso. Es el caso de Brueghel el Viejo, como antes lo había sido de El Bosco.

<sup>41</sup> Villagrà; *op. cit.* p. 244 y Castañeda en de Mora. P. 141.

<sup>42</sup> Anónimo; “Relación del suceso” en de Mora. P. 185.

<sup>43</sup> Castañeda; p. 104 y Anónimo; “Relación del suceso”; p. 185, ambos en de Mora.

*mos que es arma en astada para arrojársela (desde el caballo) é arcabuz para cuando está parado”<sup>44</sup>*

El poder de los conquistadores de dar muerte con sus armas de fuego anonadaba a los aborígenes. El dejar a un bisonte muerto de un balazo fue una muestra que uno de los sargentos de Oñate no quiso escatimar ante un grupo de espectadores indios.

*“... vieron un toro desmandado ...*

*Y por solo causarles mayor grima, Mandò el Sargento todos sossegasen, Y poniendose enfrente desta bestia Vn ligero valazo, con el fuego Del arcabuz ligero fue impeliendo, Por medio de los sessos que tenia, Con tan Viua presteza que en un punto, Los quatro pies abiertos puso en tierra, El vientre rebolcando y dando buelta, quedò sin vida, hierto, estremeciendo, sobre el tendido lomo sustentando”<sup>45</sup>*

Conseguir una ganadería de bisontes ha sido desde el siglo XVI y hasta poco antes del siglo XXI un sueño que retorna de vez en vez<sup>46</sup>. Las pocas veces que se ha logrado reproducir estos rumiantes en cautividad o cruzarlo con el vacuno doméstico no se han obtenido animales de mucho valor. Nunca se vuelven totalmente dóciles con lo cual ni son útiles para el laboreo agrícola ni son fáciles de pastorear. Su rendimiento cárnico es inferior al de las vacas comunes y su cuero no es de gran calidad<sup>47</sup>. Como todavía esto no se sabía, los hombres de Coronado volvieron junto a él al campamento, alborozados, para comunicarle “la rica noticia” de que habían hallado las “vacas”, lo que podría resultar cierta compensación en caso de no encontrar oro o plata<sup>48</sup>. Castañeda, incluso se atrevió a imaginar la manufactura textil a que podían dar lugar aquellos bóvidos .

*“De la lana, según la finesa se harían buenos paños ...”<sup>49</sup>*

Para eso sería necesario tener los establos llenos de aquellas reses. En 1598, un grupo de hombres de Juan de Oñate a las órdenes del capitán Juan Ruiz construyó en las llanuras un corral precedido de una embocadura de

<sup>44</sup> Anónimo, “Relación del suceso”; p. 184.

<sup>45</sup> Villagrà, pp. 243 – 244.

<sup>46</sup> En los años 80 un ganadero catellano-leonés importó de Estados Unidos cuatro bisontes: un semental y tres hembras con los que fundar una cabaña. Por desgracia, el experimento fracasó desde su inicio porque el macho se dañó gravemente una pata trasera en el momento de ser descargado . Esto hizo más difícil y costosa la reproducción de las reses ya que no podía hecerse de manera natural y la tentativa se frustró .

<sup>47</sup> Enciclopedia Espasa; loc. cit. P. 982.

<sup>48</sup> Castañeda en de Mora , op. cit. P. 86 .

<sup>49</sup> Ibid, p. 141.

palenque donde atrapar algunas cabezas<sup>50</sup>. Algunos soldados a caballo espantaron una manada de bisontes y la condujeron hacia la entrada del cercado. Los animales, espantados, arrasaron las vallas con la fuerza de “*Vn terremoto espeso*”, levantando una gran nube de polvo. Los pretendidos captadores tuvieron suerte de no perecer pisoteados por la estampida porque terminaron resguardándose tras unas peñas cercanas. Después de esto se perdió la esperanza de criar este ganado en Nuevo México<sup>51</sup>.

Las noticias sobre los viajes y la naturaleza en América pasaban con gran rapidez de boca en boca en Europa. También allí surgió la curiosidad por aquellas extrañas bestias. A la curiosidad la acompañaba el afán de lucro económico. Los franceses comenzaron a comerciar con pieles enviándolas al Viejo Continente. Si damos crédito a lo que refería hacia 1565 Menéndez de Avilés, los galos comerciaban ya todos los años con algunos miles de pieles contando para ello con la colaboración de las tribus aborígenes.

*“tierra adentro (...) los indios matan muchas vacas de las de Nueva España que halló en aquellos llanos Francisco Vazquez Coronado, y llevan los cueros en canoas a la Tierra Nova, a vender a los franceses a trueco de rescate; (...) y de dos años a esta parte han llevado a La Rochela, las naos de la pesquería, más de seis mil cueros d’estos”<sup>52</sup>.*

No sólo como artículo de comercio se adquirían en Europa las pieles de los bisontes. En el siglo XVII se multiplicaron en los hogares de las clases cultas los gabinetes de curiosidades, colecciones de especímenes y muestras que la resurgiente ciencia trataba de clasificar. Villagrà cuenta que un miembro de la expedición de Oñate, un tal Francisco de Peralta, a su vuelta a Europa decidió hacer carrera en el mundo diplomático y cortesano. En un viaje a Roma vio por sus propios ojos que el duque de Sajonia tenía entre sus objetos curiosos unos tapices que representaban la tierra de las llanuras

<sup>50</sup> En las llanuras de Canadá los indios capturaban bisontes con una técnica muy parecida. Esto incluso se refleja en los nombres propios. Uno de los jefes nativos que apoyó a Louis Riel fue Poundmaker, o sea, “Hacedor de Cercos” o “Hacedor de Corrales”.

<sup>51</sup> Villagrà, op. cit. P. 245 – 246.

<sup>52</sup> Menéndez de Avilés, P.; correspondencia de las jornadas de La Florida en Ballesteros Gaibrois, Manuel (Dir.); “Viajes por Norteamérica” (Tomo II de Biblioteca Indiana), Madrid, Aguilar, 1958. P. 921. Es exagerado decir por parte de Menéndez de Avilés que las pieles de las vacas que adquirían los franceses en Canadá y Terranova venían de las cercanías de Nueva España. Quizá trataba de influir en altas instancias políticas para poner énfasis en la amenaza de injerencia francesa en La Florida como vanguardia de otros territorios hispanos en América del Norte. Las pieles que cargaban los barcos bacaladeros galos pertenecían probablemente a una de las tres variedades del *Bison Bison* que existieron y que vivía al este del Mississippi. Sus últimos reductos estaban en las cercanías de la meseta de Cumberland y quedó extinguido antes de fines del siglo XVIII. Las otras dos variedades son, por supuesto, el bison de las llanuras y el *Bison Bison Atabascae* que vive junto al Gran Lago del Esclavo.

y una grande y bella piel de *vaca jorobada*<sup>53</sup>. Ocurrió en los primeros años del siglo XVII.

En España, el gran bóvido recibió el nombre que ya conocemos de *vaca corcobada* y más adelante recibiría el de *cíbolo* o *cíbola*, en recuerdo de la mítica región buscada en el siglo XVI. En el resto del continente, el nombre que con el tiempo arraigaría, en especial en el mundo anglosajón, fue el de "búfalo", cuyo origen también está en las fuentes españolas. En la *"Relación postrera de Síbola"* se dice que Marco Polo en su famosa obra (*"El Libro del Millón"*) afirma haber visto esas mismas vacas con joroba y que también las había en Etiopía. El autor de la *Relación* estaba confundiendo al búfalo africano con el bisonte americano<sup>54</sup>.

Éste fue el extraño camino de ida y vuelta del bisonte a la memoria de los europeos. Si en el siglo XVII la curiosidad científica comenzó a fijarse en él, esa no era la primera vez que ocurría en el Viejo Mundo. En la antigüedad, las obras biológicas de Aristóteles ya se habían interesado por el bisonte europeo<sup>55</sup>.

### 3. EL PAN DE LOS INDIOS

Los *querechos* y los *teyas* eran los nativos que los hombres de Coronado hallaron en 1540 y 1541 en las Grandes Llanuras. De ellos no nos han llegado muchos datos de su cultura espiritual, aunque sí de su cultura material, cuyo conocimiento nos resulta muy valioso. Su alimentación, su vestido, su vivienda y sus utensilios dependían del bisonte. Por eso mismo Álvaro Núñez o los hombres de Hernando de Soto llamaron "*Vaqueros*" a aquellos indios. Sólo algunos de ellos tenían una economía mixta basada en el cultivo del maíz y la caza. De los demás se decía en la *"Relación del Suceso"*:

*"No tienen otra grangería ni asiento más de cuidarse con las vacas, de las cuales matan todas las que quieren"*<sup>56</sup>

Los españoles comprobaron que estos indios eran nómadas, que vivían sólo de la actividad venatoria y que estaban especialmente bien dotados en cuerpos e inteligencia para sobrevivir<sup>57</sup>. En sus desplazamientos se valían de perros que cargaban con sus enseres. Sus viviendas eran pequeñas tiendas cónicas de piel: las que más tarde serían conocidas como tipis. Como cazadores eran excepcionales valiéndose de sus arcos. Eran capaces de asestar

<sup>53</sup> Villagrà; op. cit. P. 109.

<sup>54</sup> Anónimo; "Relación postrera de Síbola" en de Mora, p. 179.

<sup>55</sup> Enciclopedia Espasa; loc. cit. P. 980.

<sup>56</sup> Anónimo; "Relación del Suceso" en de Mora, p. 186.

<sup>57</sup> Núñez Cabeza de Vaca; op. cit. P. 11. "*Es la gente de mejores cuerpos que vimos y mayor viveza y habilidad y que mejor entendían y respondían a lo que preguntábamos y llamámoslos de Las Vacas*".

flechazos prodigiosos y con esas primitivas armas daban una rápida muerte a los bisontes.

*“... se bio a un Teya de un tiro pasar un toro por ambas espaldas, que un arcabuz tiene bien que haçer”<sup>58</sup>*

El acecho abierto para disparar flechas a los bisontes no era el único modo de cazarlos<sup>59</sup>. Empujar a los animales hacia las quebradas y farallones era una primitiva técnica de caza india que pervivió hasta principios del siglo XIX. Muy probablemente los hombres de Coronado hallaron un despeñadero de bisontes. Según se nos narra, en el talud que daba a la orilla de una laguna había *“un grande ayuntamiento de güesos de vacas”* de un tiro de ballesta (más de cien metros) de frente que en algunas partes alcanzaba la altura de una casa de dos pisos y con una anchura de tres brazas. Pensaba el cronista que los animales débiles o enfermos habrían entrado en el agua y habrían muerto al no poder salir y después la marejada producida por el

<sup>58</sup> Castañeda en de Mora; op. cit. P. 103. No se dice con qué arma efectuó el teya el “tiro”, pero, a nuestro juicio, hay que entender que fue con un arco. En las llanuras, en la era precuestre se usaban también grandes arcos, como en La Florida; arcos que encordados eran tan largos como la estatura de su arquero. Con armas como esta no es nada raro lo que cuenta Castañeda. En la época de las expediciones españolas del siglo XVI ya hacía siglos que el atlatl o propulsor de venablos había sido sustituido por el arco largo. Tras la adopción del caballo, arcos tan grandes se volvieron engorrosos para usar mientras se cabalgaba, así que fueron acortados. La manera de lograr que el arco conservase su potencia de empuje pese a su reducción de tamaño fue reforzarlo con placas de cuerno y forro de tendón de bisonte. Surgieron así los arcos compuestos. A veces, a lomos de las cabalgaduras, simplemente se prefería llevar un arco de madera convencional pero corto. En el Museo de América de Madrid hay cuatro de estos últimos arcos cortos de madera (probablemente de tejo) procedentes de los contactos de los exploradores españoles del siglo XVIII con los nómadas de las llanuras cuyas longitudes oscilan entre los 125 y 143´5 cm. (números de inventario: 2190, 2188, 2199 y 2176). “Los indios de América del Norte en el siglo XVIII”, Santillana del Mar, 1992. P. 33, láminas 4, 5 y sin número.

<sup>59</sup> Casi todas las técnicas indias de caza del bisonte eran variantes de alguno de estos cinco procedimientos que referimos.

1ª. Pequeños grupos de cazadores se acercaban a la manada de cara al viento, pues aunque el bisonte tenía pobre vista y pobre oído, poseía un agudo olfato. Los disfraces con pieles de lobo permitían a los hombres acercarse hasta poner a una distancia de tiro efectivo a los silenciosos arcos. Esta técnica pedestre podía, además, aprovechar las dificultades de movilidad del bóvido causadas por elementos como la nieve profunda.

2ª. Esfuerzo comunal de todos los miembros capaces de la tribu para acorralar y despeñar una manada. Se conseguía atraerla imitando el mugido de los terneros, o se hostigaba a los animales guías, o bien se acosaba al grupo con un frente de cazadores. Empeñada la estampida, aunque los animales trataran de detenerse al borde del abismo, el impulso de los que venían detrás los precipitaba al vacío. Esta técnica era propia de épocas en que la vida nómada no tenía una movilidad tan grande como la que después tuvo y decayó rápidamente con la llegada de la era ecuestre.

3ª. El acorralamiento o “rodeo” consistía en cercar a los rumiantes con dos líneas de cazadores a pie que convergían, o con un semicírculo que se cerraba. Los animales aturdidos

viento habría amontonado los restos de los animales contra la barranca<sup>60</sup>. Sin embargo, la explicación parece equivocada. Es improbable que un lago pequeño (se habla de "laguna") pueda tener un oleaje como para apilar hasta seis metros de altura cadáveres de animales que de adultos llegan a pesar entre 500 y 1500 kilogramos. Tampoco parece razonable pensar que los bisontes entrasen a beber en una laguna salada como era aquella. Por tanto, es bastante probable que sea esta la primera referencia escrita a un yacimiento cinegético de despeñamiento en América del Norte<sup>61</sup>.

Cualquiera que fuese la técnica empleada, cuando los indios acababan con una cierta cantidad de bisontes procedían a su despiece para llevar a sus campamentos todo lo que consideraban aprovechable. Comenzaban el des-

---

y aterrorizados terminaban corriendo en círculos e incluso corneándose entre ellos mientras se les lanzaban flechas y jabalinas. Era una técnica muy peligrosa para los captores y algo más segura a caballo.

4ª. La persecución ecuestre debió comenzar a practicarse poco después de la década de 1630, fecha en que los apaches adoptaron los caballos. Empezaría a generalizarse desde 1680, tras la rebelión de los indios pueblo que facilitó la difusión de los équidos entre las tribus llaneras. Los cazadores se acercaban a la manada con el viento en contra con sus caballos especializados en esta faena. Se iniciaba el acoso espantando a la masa de bisontes con gritos y agitando mantas u otras prendas. Cuando los animales se habían disgregado y no formaban ya un rebaño compacto, cada cazador iba eligiendo presas individuales. Con su caballo a la carrera se situaba a la izquierda y en posición algo atrasada respecto a la res, separados sólo por una distancia lateral de unos pocos metros. Se lanzaban entonces disparos, flechazos o lanzadas. El caballo especializado en la caza del bisonte estaba entrenado para ser guiado con sólo las piernas si era necesario. También se le había enseñado a apartarse del bisonte cuando oía la descarga de la cuerda del arco, en previsión de que aquél se revolviere, enfurecido por el dolor de la herida. Hook, J. y Hook, R. "The american plains indians"; Londres, Osprey, 1991. pp. 11 - 12 .

5ª. El "corral" era una modalidad de caza que se practicaba en las altas llanuras, cerca del borde de la taiga canadiense. Una banda de indios construía un encierro circular de madera con un amplio pasillo de estacas en forma de embudo que conducía a su entrada. Unos cuantos cazadores con pieles y mugidos de reses las atraían al recinto cercado, mientras otros les cortaban la retirada situándose bloqueando el pasillo. En el cercado eran muertos los bisontes con arcos y flechas o armas de fuego, con plena seguridad para los tiradores que se situaban tras la empalizada. (Referido por A. Henry que en 1776 visitó a los assiniboin de Saskatchewan; en Brown, Craig (compilador); "Historia ilustrada del Canadá"; Ray, Arthur, I.; "El encuentro de dos mundos", "Los cazadores de bisontes de las llanuras"; México, Fondo de Cultura Económica, 1994. pp. 56-57.

<sup>60</sup> Castañeda, op. cit. P. 141.

<sup>61</sup> En el yacimiento de Olsen-Chubbuck (Colorado) existe una de las primeras pruebas de caza de bisontes por despeñamiento. Los restos óseos de los animales aparecen asociados a puntas Folsom, lo que permite atribuirles una antigüedad de unos 11000 años. En este caso, los bóvidos fueron empujados a la barranca que había creado la erosión de un arroyo. Jennings, J. D. (editor); "Ancient North Americans", San Francisco, 1983, pp 58 - 61, en Adáñez Pavón, J.; "Tras las huellas arqueológicas del indio norteamericano", Torrejón de Ardoz, Akal, 1992. P. 15. Véase también como obra de referencia general tocante a la caza del bisonte en las etapas prehistóricas en las llanuras, Fagan, Brian N., "Ancient North America. Archaeology of a Continent"; Londres, 1991.

cuartizamiento abriendo a las reses por el lomo y seguían su labor con gran diligencia haciendo cortes en las coyunturas de los huesos. Para ello se valían de un cuchillo con la hoja de algún tipo de roca vítrea con el mango de madera. Tal instrumento era tan efectivo como un cuchillo de carnicero. En la tarea del despiece de las reses, estos indios se ayudaban mordiendo las piezas de carne y tirando de ellas. Manejaban su herramienta de piedra con tal precisión que hacían cortes en que daban con el filo del cuchillo en sus dientes sin cortarse<sup>62</sup>. Para deleite de los nativos, algunos bocados se tomaban comiendo la carne cuando el animal recién cazado estaba todavía caliente en el suelo y cortando los pedazos con un pedernal<sup>63</sup>. Bebían también la sangre<sup>64</sup> e incluso a veces llenaban con ella una tripa de la pieza cobrada que les servía como cantimplora con la que saciar su sed en las largas caminatas<sup>65</sup>. Otra bebida del gusto de los indios eran los jugos digestivos que se hallaban en las vísceras<sup>66</sup> que contenían hierba mascada por el animal<sup>67</sup>.

A menudo se ha hablado del aprovechamiento de todo lo que daba el bisonte como una prueba del espíritu ecológico de los nómadas llaneros. Era un sueño de utopistas el vivir en virtuosa austeridad con lo que proporcionaba la naturaleza sin contaminarse con los corruptores lujos de la sociedad<sup>68</sup>. Sin embargo, el sobrio aprovechamiento del bisonte coexistía con matanzas inexplicables por parte de los nativos, pese a que las primeras referencias españolas señalaban ya que los grandes bóvidos eran la fuente de todos los recursos que necesitaban.

<sup>62</sup> Castañeda, op. cit., p. 128.

<sup>63</sup> Anónimo, "Relación postrera de Sívola", en de Mora, op. cit. pp. 178 – 179.

<sup>64</sup> Ibid, p. 179.

<sup>65</sup> Castañeda, op. cit. p. 127.

<sup>66</sup> Ibid. pp. 127 – 128.

<sup>67</sup> Además de comer partes crudas de los bisontes, en los cazaderos, había un rito sacrificial muy extendido en las llanuras: dejar en el campo los corazones de estas presas para que la vida se regenerara en las manadas con la aparición de nuevos animales. Hook y Hook, op. cit. P. 11.

<sup>68</sup> Como veremos más adelante, los indios en muchas ocasiones no eran nada comedidos si se les presentaba la oportunidad de cobrar un gran número de piezas y mataban muchas más de las necesarias. Esta era una conducta que venía de mucho tiempo atrás, cuando comenzaron las cacerías en los despeñaderos. En el yacimiento de Olsen-Chubbuck, del total de bisontes desbarancados, los que quedaron debajo no fueron en absoluto aprovechados y a muchos de los de encima sólo se les desolló o a lo sumo se cortó la carne de su jiba. Adánez Pavón, op. cit. P 15. En otros yacimientos arqueológicos, como en el de Bonfire Shelter, se constata el mismo fenómeno. Para conocer más las particularidades del sacrificio de bisontes en este yacimiento véase Dibble, David S., "On the Significance of Additional Radicarbon Dates from Bonfire Shelter, Texas", *Plains Anthropologist* 15 (1970). Se podría argüir que la caza de manadas precipitadas desde acantilados producía muchas más víctimas de las deseadas y que por ello había un mal aprovechamiento de los animales. El argumento no es válido para épocas en que estos aborígenes disponían ya de armas de fuego entre los siglos XVII y XIX, pues entonces podían determinar con exactitud el número de bisontes que querían cobrar y sin embargo, persistían las grandes matanzas inútiles. Véase nota 98 y consúltese al allí citado Krech, 1999.

*“El mantenimiento ó sustentamiento de estos indios es todo de las vacas, (...) de los cueros qe hacen sus casas, de los cueros visten y calzan, de los cueros hacen sogas y también de la lana: de los niervos hacen hilo con que cosen sus vestiduras y también las casas: de los huesos hacen alesnas: las boñigas les sirven de leña; porque no hay otra en aquella tierra: los buches les sirven de jarros y vasijas con que beben: de la carne se mantienen”<sup>69</sup>*

La preparación de la carne de las reses se realizaba de distintas formas. Una de ellas, cuando estaba muy fresca era soasarla en un fuego de boñigas secas<sup>70</sup>. La otra, ideada como técnica de conservación, era cortar la carne en lonjas muy finas para dejarla secar al sol. Después podía consumirse esta cecina tal cual o pulverizada para hacer con ella una sopa espesa a la que también se añadía manteca del mismo animal<sup>71</sup>. Tras la alimentación, el segundo uso en importancia era la vivienda. Los teyas y querechos al basar su economía casi por entero en el bisonte, necesitaban tiendas portátiles que les permitiesen grandes desplazamientos tras las manadas. Los tipis respondían a estas necesidades<sup>72</sup>. Eran tiendas cónicas de piel de bisonte lo bastante ligeras para poder ser transportadas por los perros y lo bastante resguardadas para proteger a sus moradores de los durísimos extremos de frío y calor de aquel clima continental del corazón de América del Norte. Los

<sup>69</sup> Anónimo, “Relación postrera de Síbola”; p. 178.

<sup>70</sup> Ibid.

<sup>71</sup> Castañeda, op. cit. P. 127. Todas las variantes de la carne de bisonte en conserva mediante procedimientos tradicionales indios serían conocidas en la frontera anglo-americana con el nombre indígena de *pemmican*, aunque era aplicado de manera genérica, ampliando la acepción primitiva de la palabra. Existían dos técnicas de conservación de la carne que todavía no hemos citado: la confección de embutidos y el ahumado. Para hacer embutido se rellenaba una tripa con carne seca que previamente se había echado en remojo y se había condimentado con algunas hierbas. Se añadía grasa caliente y se dejaba cuajar antes de cerrar la tripa. En el relleno del embutido también podían incluirse productos vegetales como bayas secas, raíz de *Quamasia Quamash* o piñones. Este alimento podía consumirse tranquilamente incluso varios años después de hecho. Para ahumar la carne, se troceaba en tiras y se introducía dentro de un tipi destinado en exclusiva a tal fin donde ardía un pequeño fuego de maderas aromáticas. Cuando las tiras de carne estaban oscurecidas y algo traslúcidas y su textura era quebradiza se daba por finalizado el ahumado. Para conocer mejor las técnicas indias del corte de la carne del bisonte y su ahumado, vid. Hungry Wolf, Berverly; “La vida de la mujer piel roja”, Palma de Mallorca, Olañeta, 1998. pp. 177 – 179.

<sup>72</sup> La palabra *tipi* es un vocablo de los indios norteamericanos que parece estar muy extendido, existiendo palabras de fonética cercana y con el mismo significado incluso entre familias lingüísticas totalmente extrañas entre sí. Esto parece indicar la trascendencia intercultural del objeto designado. Por ejemplo, la tienda de verano de los inuit o esquimales era el *tupik* y constaba igualmente de una cobertura de pieles y una estructura interna cónica de varas de madera como soporte. Para conocer un estudio específico de la importancia social y de vida cotidiana de esta vivienda véase Brasser, Ted J. “The tipi as an Element in the Emergence of Historic Plains Indian”. *Plains Anthropologist*, vol. 27, nº. 98. Lincoln, Nebraska, 1982.

tipis debían ser bien impermeables . Para conseguirlo se untaban con grasa sus cubiertas de piel. Vázquez Coronado contaba:

*“... tienen pabellones de cueros de vacas adobados y ensebados, muy bien hechos, donde se meten ...”*<sup>73</sup>

En el siglo XVI los tipis debían ser pequeños. Sólo la llegada del caballo a las llanuras a partir de 1630 permitió, con su mayor capacidad de carga que el perro, que los tipis fuesen más grandes. Así, es comprensible que llamase la atención de Pedro Castañeda encontrar uno de la altura de una casa<sup>74</sup>, algo excepcional en 1541, pero muy común en la era ecuestre. Podría tratarse, quizá, de una tienda cuyo mayor tamaño indicara que estuviese destinada acoger a moradores más numerosos que una familia, por ejemplo reuniones con finalidad religiosa o política<sup>75</sup>. La estructura de palos delgados que se juntan en lo alto era la misma que pervivió hasta el final de la Conquista del Oeste. Las pieles de la cubierta eran lisas por ambas caras, pues se les había raído el pelo<sup>76</sup>. Externamente los tipis del siglo XVI eran de color claro, el de las pieles simplemente curtidas y al parecer sin pintar<sup>77</sup>.

Las pieles de bisonte eran para esas tribus una riqueza, quizá por esto las guardaban en gran cantidad sólo curtidas para darles la transformación que después fuera necesaria<sup>78</sup>. Una de las transformaciones posibles era confeccionar ropa. Los varones teyas casi no llevaban, en cambio las mujeres tenían un amplio vestuario, todo de gamuza de bisonte: zapatos, borceguíes,

<sup>73</sup> Vázquez Coronado, Francisco; “Carta ... al Emperador dándole cuenta de la expedición á ... Quivira ...” (Tiguex, 20 de octubre de 1541); en de Mora, op. cit. P. 173. Atribuimos a estos indios del siglo XVI sólo un tipo de habitación: el tipi. Sin embargo, Villagrà dice:

*“Y tienen lindas tiendas por extremo,  
Y lindos y luzidos pabellones,  
Del cuero de las vacas ...”*

Villagrà, op. cit. P. 246. No sabemos si el distinguir entre *pabellones* y *tiendas* es sólo producto de una redundancia con fines poéticos o si hubo en verdad dos tipos distintos de refugio: quizá uno para dormir y otro para los quehaceres del día o como almacén.

<sup>74</sup> Castañeda, en de Mora, p. 101.

<sup>75</sup> Por pequeño que fuese un tipi del siglo XVI, se necesitarían al menos las pieles de seis u ocho bisontes para cubrirlos, ya que en la era ecuestre, con viviendas más grandes, se precisaban doce o catorce pieles. La vida útil de la cubierta, debido a la acción de la interperie, oscilaba entre dos y cuatro años. Gugel, Liane; “Praderas y Llanuras” en Feest, C. F. (Ed.) “Culturas de los Indios Norteamericanos”, Colonia, Könemann, 2000. p. 203.

<sup>76</sup> Anónimo; “Relación del Suceso”, p. 186.

<sup>77</sup> Anónimo; “Relación postrera de Sibola”, p. 178. La tradición de tipis sin pintar se conservó en algunas zonas de las llanuras durante varios siglos. Así eran por ejemplo los tipis de los crows (apsarokas), que destacaban por su elegante sobriedad.

<sup>78</sup> Castañeda, op. cit. P. 101. Se nos cuenta que en esta ocasión los querechos, quizá teniendo conocimiento de las andanzas de Cabeza de Vaca, amontonaron una gran cantidad de cueros de bisonte curtidos pero sin trabajar, esperando que los españoles los bendijesen, sin embargo, éstos se limitaron a robarlos.

capas, unas mangas que se ajustaban a la espalda, faldellines y “unos como sanbenillos con rapasejos” encima de esos últimos<sup>79</sup>. Las pieles, gracias a las redes comerciales de larga distancia, a veces se vendían muy lejos. Los teyas invernan al pie de los muros de las aldeas de los indios pueblo donde “los reciben de amistad y tractan con ellos”<sup>80</sup>. Una prueba de este comercio es que Álvar Núñez, que nombra en los “*Naufragios*” siete veces a los bisontes, dice en tres ocasiones haber recibido regalos de “*mantas de vacas*”<sup>81</sup> fuera de la zona de las llanuras. A veces las pieles llegaban incluso hasta La Florida. El Inca Garcilaso cuenta que cuando Hernando de Soto llegó en 1540 al grandioso templo de Cofachiqui, en Georgia o Carolina del Sur, sus hombres hallaron que sus distintas salas eran, además de sepulturas, almacenes de armas.

*“En la séptima sala avía gran cantidad de rodela hechas de maderera y de cueros de vaca traídas de levas tierras ...”*<sup>82</sup>

También llegaban a aquellos territorios del este pieles de bisonte tan bien aderezadas que tanto podían servir de capas como de mantas para dormir<sup>83</sup>. Estas pieles podían tener su origen tanto en las Grandes Llanuras como en las manadas de las estribaciones de los Apalaches. Al parecer, las pieles que exportaban los indios de las llanuras en ocasiones tenían ya la forma de productos manufacturados. Así, a Cíbola (núcleo principal del territorio de los indios pueblo) acudieron algunos habitantes de Cicuye a prestar acatamiento a Coronado y le hicieron presente de “*capaçetes*” (cascos) y escudos de cuero de las “*vacas*”<sup>84</sup>. El mejor material para la fabricación de escudos era la piel del cuello del macho adulto del bisonte.

Hasta tal punto el gran herbívoro dominaba en todo la vida de los indios del oeste que estaba en sus representaciones artísticas y en su vida espiritual y social aunque en las fuentes españolas del siglo XVI haya pocas pruebas de ello. Sabemos, por ejemplo, que Coronado en Cicuye vió por primera vez un bisonte tatuado en la piel de alguno de los nativos que lo visitaron<sup>85</sup>.

<sup>79</sup> Ibid , p. 103.

<sup>80</sup> Ibid., p. 123.

<sup>81</sup> Núñez Cabeza de Vaca; op. cit. pp. 76, 77, 107, 113, 115, 117.

<sup>82</sup> De la Vega, Garcilaso, El Inca; op. cit. P. 347.

<sup>83</sup> Ibid. P. 115.

<sup>84</sup> Castañeda, p. 85. El escudo tenía varias capas de cuero capaces de desviar una bala de mosqueté y en la cultura de las llanuras se atribuía su capacidad protectora a cierto poder mágico (*medicina*) que provenía del sol. Por ello, los escudos se colgaban alejados del suelo en unos soportes especiales y mirando al sur para que recibieran de frente la luz solar durante todo el día. Al parecer los escudos de los indios llaneros eran de casi un metro de diámetro en época prehistórica y con la llegada del caballo empezaron a fabricarse en menor tamaño reduciéndose a la mitad de aquel debido al engorro de una protección demasiado grande a lomos de este nuevo animal. Sobre su construcción véase Hook y Hook, op. cit. pp. 20-21.

<sup>85</sup> Castañeda, p. 85. El bisonte como motivo artístico o religioso tenía el don de la ubicui-

En las llanuras encontraron los españoles algunas aldeas de tipis. Una de ellas, se nos dice, tenía unas doscientas tiendas<sup>86</sup>. Suponiendo que en cada una viviera una familia de cinco miembros, tenemos mil personas. Para una sociedad cazadora e itinerante ése era un número demasiado alto de miembros para afrontar las oscilaciones e inseguridades de su economía. El motivo de hallar tanta gente junta podría ser la reunión para alguna gran cacería estacional en época en que las manadas estuviesen muy concentradas. Estas cacerías eran ocasión de celebraciones, concertaciones de matrimonios, reencuentros familiares, banquetes, acuerdos políticos y ritos religiosos<sup>87</sup>.

Existe un testimonio referente a un hallazgo hecho por los hombres de De Soto a poco de cruzar el Misisipi hacia occidente, en tierra del cacique de Casqui. Se trataría, tal vez, de una prueba del uso de las cabezas de los bisontes como elementos heráldicos.

*“... e el sábadó entraron en su pueblo; e tenía muy buenos bubtos, y en el principal, sobre la puerta, muchas cabezas de toros muy fieros, así como en España se ponen en las puertas de las casas de los caballeros monteros cabezas de puercos jabalíes u osos”<sup>88</sup>*

#### 4. EL CÍBOLO EN EL MUNDO FRONTERIZO

Cuando en 1598 Juan de Oñate comenzó la colonización de Nuevo México, quedó establecida en América del Norte la primera frontera española permanente. La relativa proximidad de las llanuras abría la posibilidad de cazar en ellas para alimentar, aunque fuese esporádicamente, a la famélica colonia<sup>89</sup>. Los indios pueblo de aquella provincia, pese a ser primordialmente

---

dad: ciertas pinturas faciales de los caddos reproducían la silueta de la cabeza de un macho; en las ceremonias los chamanes danzaban arrastrando calaveras del animal (llamadas en algunas tribus *pedras del bisonte*) atadas a los tobillos, su figura decoraba escudos y “bolsas medicina”, etc. Existe una talla lítica de un idolillo en forma de bisonte cuya figura se obtuvo aprovechando las formas naturales de una piedra desbastada y parcialmente aplanada por la erosión. Es uno de los raros casos de un icono religioso de este tipo de la cultura nativa de las llanuras. La pieza data de la época prehistórica tardía y pertenece a la Glenbow Collection de Calgary, Alberta. Gugel en Feest, op. cit. p. 195, lámina inferior.

<sup>86</sup> Anónimo, “Relación postrera de Síbola”, p. 178.

<sup>87</sup> En la era ecuestre la principal conjunto ritual entre los nativos llaneros fue “la danza del sol”, a comienzos de verano. Sin embargo, las tribus atapascas como querechos y teyas nunca celebraron tal evento. Opler, Morris E. “The apachean culture pattern and its origins” en “Handbook of North American Indians. Southwest”. Smithsonian Institution, Washington, Vol. 10, 1983, pp 368-392, citado en Weaver, T. “Los indios del Gran Suroeste de los Estados Unidos”, Madrid, Mapfre, 1992. p. 259.

<sup>88</sup> Fernández de Oviedo, Gonzalo. “Historia general y natural de las Indias”. Citado en Carlos Barral (compilador); “Geograma del descubrimiento”, Barcelona, Difusora Internacional, 1991. p. 120.

<sup>89</sup> Existe en el Archivo General de Indias de Sevilla (en adelante citado como AGI) un curioso dibujo de un bisonte sacado de la entrada de Oñate en la jornada de Quivira de 1601

agricultores sedentarios, ya practicaban estas cacerías en la época prehispánica e incluso habían incorporado la figura del bisonte a su mundo espiritual. Existían entre ellos, sobre todo entre los pueblo orientales, danzarines propiciadores de la caza que bailaban tocados con la melena de la cabeza y los cuernos del bisonte. Al parecer, tanto hombres como mujeres danzaban con este atuendo<sup>90</sup>. Superado el intento del capitán Juan Ruiz de atrapar algunas “vacas” para establecer una ganadería de bisontes en Nuevo México, se comprendió que era mejor conformarse con los productos del bisonte que vendían los indios de las llanuras. Se abandonó la idea de una cabaña de bisontes domesticados<sup>91</sup>. El tradicional comercio entre indios pueblo y llaneros se incentivó para éstos últimos gracias al atractivo de los nuevos productos que traían los colonizadores españoles. A las ferias comerciales los nómadas llevaban a cambalachear sobre todo carne seca y pieles de bisonte. A cambio buscaban, en estos primeros tiempos, artículos de metal y caballos. Este intercambio fue uno de los vehículos que facilitó a partir de la década de 1630-40 que los apaches se iniciaran en la vida ecuestre.

La rebelión de los indios pueblo de 1680 a 1693 provocó la expulsión de los españoles de Nuevo México durante ese periodo. Este acontecimiento no conllevó una mejora en las relaciones entre los indios pueblo y los nómadas de las llanuras. Por el contrario, a causa del trastrueque de alianzas político-militares que causó la revuelta y ante la falta de artículos que solían proveer los españoles, los nómadas empezaron a atacar y a despojar a las diversas tribus pueblo como los keres, tiguas, zuñis y otros. A su vez, debido a la enemistad de los nómadas, salir a las llanuras en busca de carne y pieles de bisonte, era para los pueblo, sin la ayuda española, una aventura. Así, durante aquellos trece años, algunos pueblo cazaban bisontes en territorio yuta, en la linde entre la llanura y las estribaciones sudorientales de las Montañas Rocosas. Los cazadores de estas expediciones trataban de ofrecer aspecto de españoles para protegerse. Vestían chaquetas y sombreros de cuero, portaban armas de fuego e incluso hacían sonar clarines capturados. Ni siquiera así los yutas se intimidaban y cada nueva cacería se volvía más arriesgada para los intrusos que eran siempre atacados<sup>92</sup>.

---

en Patronato 22, Ramo 13. Sin embargo, ya desde el siglo XVI había representaciones impresas de bisontes. Que sepamos, la primera de ellas fue la que apareció en la *Historia* de Francisco López de Gómara. Una buena reproducción de esta ilustración se halla en Bannon, J.F.; “The Spanish Borderlands Frontier 1513-1821”, New York, Holt, Rinehart and Winston, 1970. P. 14.

<sup>90</sup> Podemos ver a dos de estos hombres-bisonte pueblo en una fotografía que aparece en Taylor, C.F.; “La vida de los nativos americanos”, Madrid, Libsa, 1996. P. 111 (izda). San Diego Museum of Man, ref. Curtis plate 13.

<sup>91</sup> Sin embargo, hay referencia por parte de unos franciscanos que contaban que en Zacatecas en el siglo XVII un par de bisontes cogidos de becerros tiraban de carretas y hacían otros trabajos como cualquier animal doméstico. Berlandier, informe sobre Texas en la expedición de delimitación de territorios México-E.U.A. de Manuel Mier y Terán, 1827.

<sup>92</sup> John, E.A.H.; “Storms Brewed in Others Men’s Worlds”, Texas A&M University Press, 1975. P. 120.

Es posible que aquellos cazadores que actuaron como proveedores de carne durante la breve independencia pueblo fueran el origen de los ciboleros. Éstos constituían un grupo étnico (o quizá sólo social) que tomaba su nombre del término *cíbolo* o *cíbola*, que en las fronteras hispanas de norteamérica comenzó a designar al bisonte; es de suponer que porque era por excelencia el animal de la fabulosa tierra de Cíbola, que muchos creían en alguna parte de las Grandes Llanuras. Los ciboleros aparecieron alrededor del año 1700. A veces se les ha presentado como mestizos hispano-indios, a veces como indios pueblo. Ostensiblemente, mostraban rasgos culturales mixtos en su aspecto y vestimenta: chaqueta de cuero, sombrero plano, grandes espuelas, no se depilaban el vello facial (a diferencia de la mayoría de los indios), eran grandes jinetes y cazaban principalmente con armas prehispánicas. La carne de las piezas cobradas era vendida en Nuevo México, en especial la de los perniles y la jiba. En ocasiones esto se hacía tras ahumar la carne en un fuego de boñiga, lo que al parecer le daba un sabor apimentado, o tras cortarla en finas tiras y pisotearla en el suelo antes de ponerla a secar. Los ciboleros al finalizar sus cacerías bailaban frenéticamente blandiendo lenguas y órganos genitales de bisonte<sup>93</sup>.

Los ciboleros operaban desde la periferia de Nuevo México partiendo para sus expediciones de localidades que eran la puerta natural a las llanuras como Taos o Pecos. La única localidad no periférica desde donde operaban era la propia capital de la provincia, Santa Fe. Algunos grupos de estos cazadores, los menos, tenían como base el área de El Paso, en el curso medio del río Grande. Una de las zonas de cazadero más habituales de todos ellos era el Llano Estacado. Hacían salidas anuales para proporcionar carne a sus familias y, si se podía, lograr algunos excedentes. Se adentraban en las llanuras en octubre, una vez recogidas las cosechas. Podían viajar en caravanas que llegaban a reunir ciento cincuenta personas, incluyendo mujeres y niños y usando como medio de transporte caballos y, en ocasiones, carretas (del típico modelo hispano de un solo eje) donde después se cargaría el producto de la caza. Sus armas eran arco y flecha, jabalina y una lanza con hoja metálica curva conocida en la frontera como *medialuna*. En cada jornada de caza un cibolero podía matar entre ocho y veinticinco bisontes, en una sola carrera de persecución que a menudo podía llevar bastantes leguas. Antes de que la estación fría estuviese muy avanzada debían estar de vuelta en sus aldeas. Cuando esto ocurría recorrían las poblaciones en una parada triunfal donde eran aclamados como héroes por el vecindario. Esa misma noche los recién llegados eran obsequiados con una celebración, el *fandango*. Los ciboleros llegaron a constituir un importante factor económico pues surtían de carne Nuevo México y de pieles el tráfico comercial que

<sup>93</sup> Stammel, H.J. ; "La gran aventura de los cow-boys", Barcelona, Noguer, 1975. pp. 14-15.

unía la ruta Santa Fe-Chihuahua, que era llamada *el cordón*. Algunos de los más exquisitos productos de los ciboleros llegaban hasta la ciudad de México, donde las lenguas en cecina por ejemplo, alcanzaron a costar más de dos pesos la unidad en algún momento del siglo XVIII. Otros artículos más baratos eran consumidos por las propias familias de los cazadores. Este era el caso de los chicharrones que quedaban como despojo tras haber derretido la grasa de los animales para diversos fines y que eran considerados una golosina por los niños<sup>94</sup>. De aquella grasa de los bisontes se obtenían productos baratos pero de gran utilidad como velas de sebo o una sustancia de limpieza muy fuerte: el *jabón de lejía*.

Andando el tiempo, los ciboleros se convirtieron en algo parecido a una élite dentro del mundo de los indios pueblo y lo mostraban con una ostentosa y pintoresca manera de vestir. Incluso adquirieron gran peso como intermediarios diplomáticos cuando, por su conocimiento de las llanuras, fueron designados por las autoridades españolas como comerciantes oficiales con los que mantener satisfechos a los comanches para que mantuvieran las paces firmadas en Nuevo México desde la época del gobernador Anza, en la década de 1780. A partir de entonces, algunos de ellos comenzaron a conocerse como *los comancheros*. Una de las familias más conocidas de estos ciboleros luego transformados en comancheros fue la de los Tafoya.

Durante el tiempo que transcurrió desde 1630 a 1700, el comercio con los indios llaneros, la irradiación cultural que supuso la rebelión de los indios pueblo y la simple expansión biológica del ganado equino salvaje en las estepas norteamericanas consolidaron a los nómadas en la vida ecuestre. La adquisición del caballo supuso, entre otros muchos cambios, la posibilidad de abatir muchos más bisontes. Ello conllevó poder vivir en tipis mayores, ya que se cobraban más pieles, dominar territorios de extensión creciente para ir en pos de las manadas y aferrarse como nunca a la dieta carnívora que los hacía independientes de la agricultura<sup>95</sup>.

<sup>94</sup> Rathjen, "The Texas Panhandle Frontier". Austin: University of Texas Press, 1973 y Kenner, C. J. "A History of the New Mexican Plains Indian Relations", Norman: University of Oklahoma Press, 1989.

<sup>95</sup> Para conocer en profundidad la revolución tecnológica, social y psicológica que produjo en los indios de las llanuras la irrupción del caballo y la aparejada mejora en las capturas de bisontes, vid: Kardiner, A. "The psychological frontiers of society", Columbia university Press, Nueva York, 1939. (En la parte de la obra dedicada al cambio cultural en los comanches). Existen obras más recientes sobre la historia comanche que comienzan su recorrido abordando estos mismos aspectos. Un ejemplo es Rollings, Willard H. "The Comanche". Chelsea Publishers, Nueva York, 1989. Hay otro libro que aborda la existencia de la citada tribu desde sus primeras apariciones en las fuentes escritas españolas, época en que se producen para ella los cambios respecto a la economía basada en el bisonte, hasta su derrota definitiva a manos del ejército de EUA en 1874-75. Se trata de Kavanagh, Thomas W. "The Comanches. A History, 1706-1875", Lincoln, 1996.

La irrupción del caballo no trajo sólo una época de prosperidad a las llanuras, sino también siglos de guerras intertribales en pugna por controlar los mejores territorios de caza de bisontes. Cuando los españoles de Coronado llegaron a las llanuras en 1541, tanto los grupos de origen atapasco antepasados de los apaches, como los grupos cados perseguían a las manadas a pie. Puesto que los apaches dominaron el caballo antes que ninguna otra tribu india independiente, lo usaron para empujar a los cados a las zonas marginales de la llanura donde la caza era menos productiva. Más tarde, desde 1700, los comanches obtuvieron la superioridad militar ecuestre y compitieron con los osages por los mejores cazaderos. También presionaron a los apaches cada vez más hacia el sur, hacia zonas desérticas donde las manadas nunca llegaban y donde finalmente quedaron instalados. En cada caso, la tribu que se convertía en el bando más débil de la pugna recurría a los españoles para que la protegiese en sus salidas cinegéticas.

Salir a las llanuras a cazar cíbolos siempre era peligroso, incluso para los colonizadores hispanos. Eso lo aprendieron los misioneros de casos como el del hermano José Pita asesinado por los nativos en una excursión de caza<sup>96</sup>. Más peligroso que para los españoles era, en el siglo XVII, para las pequeñas tribus y bandas cados que no tenían armas de fuego ni apenas caballos con qué protegerse de los poderosos y bien montados apaches. Pequeños grupos a los que los hombres de la frontera novohispana nombraban como *cíbolos* y *come-cíbolos*, que mostraban hasta en su nombre cuál era su medio de vida. A decir verdad, ni siquiera era necesaria la presencia de los apaches para que hubiese guerras intertribales por los bisontes, a veces entre grupos de gran afinidad cultural, como aquellos de los cados. Así lo atestigua en 1689 el indio Muygisofac que contactó con los soldados presidiales y misioneros en Texas.

*“Dijo que es el de la nacion de los sibolos y que asiste en una rancheria que suele tener todos los años guerra con otros yndios caribes (Sic) por las matansas de los ganados que llaman sibolos que estan tiempo del año entre el Rio del Norte (Grande) y el de las noeses...”<sup>97</sup>*

<sup>96</sup> En 1721 este franciscano fue muerto por los apaches en una salida al campo en una cacería de cíbolos en el paraje de Carnecería, Texas, al norte del Camino Real. Arias, D. “Las raíces hispanas de los Estados Unidos”, Madrid, Mapfre, 1992. P. 213.

<sup>97</sup> Juan Ysidro de Pardiñas Villar de Francos a Joseph de Villalva (Declaracion de otro yndio gentil), Parral, 11 de abril de 1689. En Hackett, C.W. (Ed.); “Historical Documents relating to New Mexico, Nueva Vizcaya and Approaches Thereto, to 1773” (Vol II) Washington D.C., Carnegie Institution, 1926. p. 276. (Editados los textos originales en castellano y con su traducción al inglés). Obsérvese el uso del término “caribe” para los aborígenes americanos de un ámbito geográfico ajeno a los archipiélagos antillanos. Este fenómeno se daba con cierta frecuencia con designaciones genéricas para pueblos indígenas en la documentación española. En este caso, “caribe” significa simplemente “bárbaro”.

El jefe jumano llamado por los españoles Juan de Sabeata pidió ayuda a éstos con un señuelo. Sabedor de que les agradaba sobremanera cualquier indicio de que unos indios estaban próximos a su conversión, contó que ese mismo año (1683) había visto una sobrenatural cruz en el cielo, la cual había dado a su gente la victoria en una batalla. Gracias a esto se produjo un acercamiento entre los jumanos y los habitantes de El Paso que tuvo como resultado que estos últimos escoltasen a varias decenas de pequeñas bandas jumanas en una caza intensiva de seis semanas en Texas. Por si hubiera alguna duda de la veracidad de la milagrosa visión de Juan de Sabeata, él mismo reconoció al año siguiente que había inventado la historia para conseguir que escoltaran a los suyos contra los apaches de las llanuras en esta cacería. A mediados de marzo de 1684 la comitiva hispano-jumana se detuvo y acampó probablemente en el valle del Colorado, afluente del Misisipi, en las cercanías de la actual Menard, Texas. Los resultados fueron espectaculares. Se llevaron al campamento 4030 bisontes adultos muertos sin intentar estimar siquiera cuántos becerros fueron también abatidos. Además se dejaron por los campos innumerables animales adultos muertos a los que se había matado sólo para despojarlos de su piel<sup>98</sup>. Puede ser que los indios a los que escoltaban los españoles de El Paso trataran de recoger a toda prisa la mayor cantidad de carne antes de ser atacados por los apaches y que por eso causasen tal carnicería indiscriminada. Sin embargo, las pruebas arqueológicas que existen desde la prehistoria indican que los indios cuando podían causaban grandes mortandades de bisontes para sólo aprovechar la giba, la lengua o incluso dejar muchos cadáveres intactos.

Hacia 1700 los comanches, pertenecientes al tronco lingüístico shoshón, dejaron sus territorios de Montana y Wyoming para desplazarse al sur, probablemente en busca del foco de irradiación de los caballos que habían traído los españoles a Nuevo México y Texas. Pronto se hicieron muy fuertes, y numerosos como eran, empujaron a los apaches más hacia el sur todavía, comenzando por las bandas apaches más septentrionales como los

<sup>98</sup> John. op. cit. pp. 175 y 178 citando a J. Charles Kelley, "Juan Sabeata and Difussion in Aboriginal Tribes", *American Anthropologist* 57 (1955): 891-995 y Bolton, "Spanish exploration in the Southwest", "Itinerario de Juan Dominguez de Mendoza", 1684, pp. 331 y ss.

La matanza inútil de cíbolos por los indios de esta expedición es uno de los muchos testimonios que obran en contra del mito del indígena norteamericano como "personaje ecológico". Casi todos los pueblos primitivos tenían poca mentalidad previsora y el disfrutar en un momento de unos recursos que poder derrochar podía ser para ellos todo un placer. Con frecuencia los nativos se escandalizaban de que cazadores blancos masacraran las manadas, pero no tenían reparo en hacerlo ellos mismos. Sólo en el siglo XIX, en los años finales de "La Conquista del Oeste" parece que surgió entre las tribus una conciencia preservadora del bisonte como un recurso limitado y ello como fruto de la masiva intrusión blanca. Acerca de el conjunto de tesis pseudo-científicas que presentan aborigen norteamericano como héroe preservador de la naturaleza, véase Krech, Shepard III, "The Ecological Indian. Myth and History". Nueva York-Londres, 1999.

*jicarillas* o los *cuartelejos*. Los apaches que habían dominado las Grandes Llanuras meridionales en las postrimerías del siglo XVII pronto estuvieron a la defensiva y llegarían a perder por completo a finales del siglo XIX sus lazos con la cultura basada en el bisonte al convertirse en pobladores de zonas de desierto casi en exclusiva. Para 1758, en un acto dirigido desde las más altas esferas del virreinato novohispano, fueron fundados un presidio y una misión en el río San Sabá, Texas. El objetivo de la misión era convertir a los apaches lipanos. Estos nunca fueron demasiado afectos a los misioneros pero sí que requerían los servicios de los soldados del presidio cuando lo necesitaban. Los lipanos solicitaron a los comandantes militares del puesto que se les proporcionase escolta armada para salir a las cacerías de cíbolos, ya que incluso en las expediciones invernales sus enemigos comanches estaban al acecho. Por no desairar a los apaches, hasta 1761 se les concedieron cuatro grandes escoltas para sus expediciones cinegéticas, a veces incluso reduciendo para ello peligrosamente la guarnición del presidio<sup>99</sup>.

Los españoles no sólo eran mediadores en las luchas por el bisonte, también eran consumidores, comerciantes, exportadores y transformadores de los productos de éste.

Las ferias tradicionales de compra-venta en Nuevo México eran uno de los mercados habituales para las pieles y carne seca que los aborígenes nómadas vendían a los colonos. A veces estos abusaban de la ignorancia de los indios del verdadero valor de los artículos europeos. Así, en la primavera de 1735 se juzgó al teniente alcalde mayor del pueblo de Chama, Diego Torres. El motivo era haber hecho ilegalmente comercio prohibido con los comanches. Torres fue condenado a perder las diez pieles de cíbolo que había comprado a aquellos al irrisorio precio de unos cuantos *belduques* (cuchillos)<sup>100</sup>.

Cuando los españoles salían fuera de la frontera establecida de la colonización, el cíbolo era una fuente inestimable de alimento y otros recursos. Tanto los militares como los misioneros de expedición lo sabían y por ello los cazaban. Estas presas permitían ahorrar o sustituir las provisiones de boca que se llevaran<sup>101</sup>. En las salidas militares punitivas contra los nómadas

<sup>99</sup> John, op. cit., p. 359. En la nota 22 se dice que los asuntos tocantes a las relaciones del comandante Rábago con los apaches en torno a la misión de "El Cañón" se abordan con detalle en Tunnel, D. y Newcomb, Jr W.W. "A Lipan apache mission" pp. 162 y ss.

<sup>100</sup> Diligencias practicadas en el pleito de Juan García de la Mora contra Diego Torres, teniente alcalde mayor de Chama, por haber efectuado comercio ilegal con los comanches; 13 de abril al 16 de mayo de 1735, Spanish Archives of New Mexico, Carrete 7, 346-347, en Flagler, E.K. "Defensores de la madre tierra". Palma de Mallorca, Olañeta, 1997. pp. 148-149.

<sup>101</sup> Vid "Diario dela Expedicion que sale apracticar contra la Nacion Cumancha el Infrescripto Theniente Coronel Governador y Coman.te de la Provi.a de N" M" con la Tropa, Milicianos e Yndios que se expresa subcessivamente =" (15 de agosto al 10 de septiembre de 1779), AGI, Guadalajara 300, donde se dice que esta famosa operación Anza se aprovisionó abundantemente de carne de bisontes cazados antes de adentrarse en territorio comanche. Vid así mismo, Garcés, fray Francisco. "Diario de exploraciones en Arizona y California (1775-1776)",

hostiles además de las bajas causadas a este enemigo, se valoraba el cobro de botín. De éste casi siempre formaban parte carne y pieles de cíbolo. A menudo éstas se repartían entre los milicianos que servían con los soldados y que solían ser muy pobres<sup>102</sup>.

Si las tropas virreinales cazaban a estos rumiantes en los predios de los indios, con el tiempo, algunas tribus se habituaron a depredar sobre la ganadería vacuna de la frontera. Era una tarea mucho más fácil que proporcionaba casi los mismos rendimientos. Era el caso de los apaches lipanes. Presionados fuera de las llanuras por los comanches, caían con frecuencia sobre la cabaña bovina de los ranchos y las misiones. Llegó un momento en que les era indiferente cazar vacas o cíbolos. Así, en 1782, los lipanes y sus aliados *tancabuas* en un número de cerca de cinco mil, llegaron a la comarca del río Guadalupe, en Texas. Allí carnearon cíbolos y reses causando enormes pérdidas entre los animales de las misiones. Al parecer, esperaban poder vender sus beneficios a comerciantes franceses por fusiles y munición<sup>103</sup>.

En las proximidades de los asentamientos españoles, la caza de estos grandes herbívoros estaba muy extendida entre los colonos. En Texas, por ejemplo, el animal tenía fama de ser una bestia estúpida por no huir al ver caer heridos a congéneres a los que se les disparaba estando junto a ellos. Ahora bien, si los cazadores que disparaban se dejaban ver, la manada salía en estampida. Por eso una de las técnicas de caza era acercarse echado sobre el lomo de un caballo y cubierto por una manta y desde allí disparar al buey silvestre (igual técnica que en zonas de Castilla para cazar la avutarda)<sup>104</sup>.

Vivir en las fronteras septentrionales de Nueva España fue problemático durante toda la época colonial. Una de las dificultades estribaba en que se estaba muy alejado de los centros comerciales de importancia. A veces era imposible adquirir los útiles más simples de uso cotidiano. Cuando objetos de cuero muy requeridos en la frontera como guantes, lazos, sillas de mon-

---

Málaga, Algazara, 1996, p. 77. En la anotación correspondiente al 15 de julio de 1776 fray Francisco dice haber comido cíbolo en una zona tan oriental como Arizona.

<sup>102</sup> Como ejemplo de lo dicho véase la siguiente "nota" o inventario: "*Que el Destacamento de Coaguila se Apoderó à demàs de quanto tenían los Enemígos que atacó en su Rancheria, consiste en varias Armas de fuego y blancas, Carcajes de flechas, Cueras, Ciento Sesenta y cinco tercios de carne de Cibolo, muchas pieles de estos animales (...) y de multitud de cosas de su uso y Servicio.*" En "Estado que manifiesta las ventajas conseguidas por los Destacamentos de Campaña que hice Salir à perseguir Los Apaches Mezcaleros luego que tube noticia de que se havian alzado parte de los que estaban de Paz en el Norte y echo hostilidades". Incluido en P. Nava a M. J. Azanza, Chihuahua, 5 de julio de 1796, AGI, Guadalajara 293.

<sup>103</sup> Teodoro de Croix a Bernardo Gálvez, Arizpe, 2 de diciembre de 1782, núm 855, con extracto. AGI, Guadalajara 283. Citado en Navarro García, L. "Don José de Gálvez y la comandancia general de las Provincias Internas del norte de Nueva España", Sevilla, Escuela de Estudios Hispano Americanos, 1964. P. 383.

<sup>104</sup> Berlandier, op. cit., loc. cit.

tar, adargas, botas o cueras<sup>105</sup> se rompían, ante la imposibilidad de comprar otros, se recurría a la sustitución o reparación de los mismos con cuero de cíbolo. El cuero de cíbolo no era el material idóneo, pues el de vaca doméstica era más resistente. Además, estas vacas estaban asilvestradas o pertenecían, ya a algún rico hacendado, ya a una misión, con lo que no siempre se podía disponer de ellas. Al menos los cíbolos estaban al alcance de todos. La piel de estos animales llegó incluso a estar presente en las iglesias. Del siglo XVIII neomexicano se conservan imágenes religiosas pintadas sobre pieles de cíbolo. Estas habrían viajado por el *cordón* a Chihuahua y allí algún artesano local habría pintado los iconos que más tarde regresarían para colgar de los muros de las capillas de Nuevo México<sup>106</sup>.

Si en las fronteras meridionales de la norteamérica española el cíbolo tenía una importancia política (complacer a los indígenas amigos escoltándolos en sus cacerías) o de subsistencia, en la frontera más septentrional que era la Luisiana, poseía una trascendencia comercial indudable. Desde la época del dominio francés en la provincia antes de 1763, las transacciones peleteras con los nativos fueron una actividad económica principal. En el momento de la toma efectiva de soberanía por España en 1766, el puesto de Arkansas enviaba con regularidad carne de bisonte salada, sebo y algunas pieles a Nueva Orleans como resultado de la caza de tres aldeas de indios aledañas al pueblo<sup>107</sup>. En San Luis de Ylinoeses todos los años se superaban las cifras de beneficios del comercio peletero de años anteriores. Las pieles de los bisontes tenían que estar recogidas en los meses fríos para que el pelo estuviese en su mejor momento y ser enviadas a Nueva Orleans antes de que el tiempo demasiado lluvioso o caluroso llegase y las pudriese durante su transporte. Los osages y otras tribus, además de una buena parte de la población masculina del pueblo eran quienes conseguían las pieles. Sabemos que, por ejemplo, en 1777 se enviaron a la capital, Nueva Orleans, desde San Luis cuatro grandes fardos de pieles de cíbolo que era el segundo animal peletero en importancia en la exportación del puesto después del

<sup>105</sup> La cuera era un conjunto de protecciones de piel curtida que llevaban sobre todo los jinetes de la caballería española. El detener las flechas era el principal cometido de la cuera. Su pieza más importante era una coraza, a veces con faldones, acolchada en siete capas interiores de piel de ciervo. En caso de necesidad, se empleaba la de bisonte, más resistente pero menos flexible. Las cueras más elaboradas estaban decoradas por una capa exterior de piel de linco. Indios como los *tehuayas* o los *iscaníes* copiaron de los españoles los faldones de protección de los caballos y las corazas y cascos de cuero de los jinetes. Véase la descripción de la indumentaria del capitán de los tehuayas muerto por las tropas españolas en "Testimonio de los autos fechos sobre el auxilio que se mandó diesen (...) al coronel D. Diego Ortiz Parrilla (...)". AGI, México 1933-a.

<sup>106</sup> Cutter, Donald C. "España en Nuevo Méjico", Madrid, Mapfre, 1992. P. 278.

<sup>107</sup> Hoffman, Paul E. "Luisiana", Madrid, Mapfre, 1992. P. 78.

castor<sup>108</sup>. Las pieles de estos animales se embarcaban en Nueva Orleans e iban por mar hasta Estados Unidos y Europa, ya que en la propia España carecían casi por completo de mercado.

El cíbolo en la Luisiana no tenía sólo un interés peletero. Su carne formaba parte habitual de la dieta de las guarniciones de los puestos más alejados de las zonas colonizadas así como de la de los marineros de la flota española de galeras y galeotas en el Misisipi. Este artículo, comprado a los cazadores y sujeto a oscilaciones de precio era uno de los que más se prestaba a la corrupción de los jefes militares que robaban mintiendo sobre la cuantía de las provisiones adquiridas para la tropa<sup>109</sup>.

Los cazadores blancos hispano-franceses con base en los pueblos de la Luisiana norteña no siempre se encaminaban a las llanuras del oeste. A veces, remontando los afluentes orientales del Misisipi, llegaban hasta ciertos valles de los Apalaches o hasta la meseta de Cumberland donde todavía quedaban poblaciones de cíbolos, en territorio de soberanía imprecisa. Entre estos aventureros se contaban los hermanos Boucher de Mombréun, vecinos de San Luis. Antes del fin del siglo XVIII estos bisontes orientales fueron exterminados y sus congéneres más cercanos quedaron al oeste del Misisipi.

¿Qué perduró de la cultura del bisonte en las fronteras hispanas? Cuando finalmente los Estados Unidos arrebataron a México aquellos territorios pocos años después de su independencia de España, no quedó nada. En pocos decenios más casi ni subsistieron bisontes americanos y faltó muy poco para que la especie se extinguiera definitivamente. Pervivió de la cultura hispana del bisonte durante un tiempo la toponimia creada entre los siglos XVI y XVIII. La alusión a los cíbolos o vacas era común en los nombres de lugar de la frontera: el presidio de Santa Cruz del Cíbolo (Texas), el Arroyo de las Vacas (Texas), el Río de las Vacas de Cíbola (o Pecos, en Nuevo México), el Bayú del Búfalo (Luisiana). Más tarde, el predominio de la cultura anglosajona borró estos nombres. Todavía hoy los documentos recogen que el salir a los llanos y toparse con las vacas era un orgullo; era encontrar-

<sup>108</sup> "(Documento que mani)fiesta (...) la cantidad y Calidad de Pieles (enviadas a) Nueva Orleans, con noticia de los Dueños (...) de las Pieles y batoes en que estos fueron a la Capital". Fco Cruzat a (B. Gálvez). - enero 1778. AGI. Papeles de Cuba 1. F. 270.

<sup>109</sup> A continuación reproducimos un pequeño episodio de cómo el comandante de la galeota *La Flecha*, Juan Barnó Ferrusola, compra carne de cíbolo para su tripulación. "*A las dos de la tarde hemos encontrado una bercha* (embarcación de transporte fluvial) *que venía de Illnueses con salazón* (de carne), *su dueño Antonio LaChapelle (...) Visto la escasez de víveres a que nos hallamos por dar ración a discreción a la gente, le he comprado un tercio de carne de cíbolo, el que ajustado delante de toda la gente por el precio de quince pesos de contado los he satisfecho*" Barnó y Ferrusola, Juan; "Diario de La Flecha, 1793-1794", anotación de la jornada del 29 de diciembre de 1793, en Holmes, Jack D.L. (Ed.), "Documentos inéditos para la historia de La Luisiana". Madrid, Ediciones Porrúa y Turanzas, 1963. P. 107.

se con bestias que encarnaban lo fabuloso, el peligro y la aventura. En esos papeles de la época colonial se cita con cierta frecuencia como mérito "*haber visto las vacas*" al salir en alguna expedición<sup>110</sup>.

Es esto lo único que permanece de nuestros siglos de convivencia con aquellos hermosos animales: nuestros documentos, nuestra Historia. Recordémosla.

<sup>110</sup> Vid. en Hackett, op. cit. Vol. I, pp. 462 y ss diversos cuestionarios enviados al Consejo de Indias con respuestas de testigos sobre hechos de expedicionarios que acompañaron a Oñate en su salida a las llanuras en 1601.

